

Vidas paralelas: Lucas Alamán y el Doctor Mora

Enrique Krauze

Para Alejandro Rossi

El 17 de octubre de 1992 se cumplen 200 años del nacimiento de Lucas Alamán, uno de los grandes historiadores de nuestro siglo XIX. El maniqueísmo que beredamos de aquel siglo trágico e intenso y de sus irrueltas querellas, barde que la fecha pase desapercibida. Guanajuato conmemorará, en privado y casi a escondidas, a uno de sus hijos más ilustres, pero el país que tanto debe a Alamán y que para bien y mal, en sus usos e instituciones, refleja tanto lo que él pensó, proyectó y previó, se quedará callado por bipocresía o, peor aún, por ignorancia. Nosotros queremos reparar en nuestra medida el viejo agravio a aquel personaje y a la verdad histórica, con un esbozo biográfico, no con una estatua de bronce. Para humanizarlo, un camino es contrastar sus ideas y su trayectoria con las de su gemelo opuesto: José María Luis Mora.

DESTINOS CRIOLLOS

“La historia de México desde 1822 —escribió Lucas Alamán a mediados del siglo XIX— pudiera llamarse con propiedad la historia de las revoluciones de Santa Anna... Su nombre hace el primer papel en todos los sucesos políticos del país, y la suerte de éste ha venido a enlazarse con la suya”. No exageraba, pero en aquel paisaje de revoluciones, caos, pronunciamientos, juego, dispendios cortesanos, fiestas y *Te Deums*, había también otra biografía significativa, aunque por el momento impotente: una *biografía del saber*. La representaban los principales hombres de ideas en la primera mitad del siglo XIX, los fundadores de los “partidos históricos” mexicanos, el liberal y el conservador: José María Luis Mora y Lucas Alamán.

Criollos ambos, nacidos en fechas cercanas (1794, 1792) en el estado de Guanajuato, sus familias habían padecido severamente la violencia de la revolución de Hidalgo. Mora había estudiado en el antiguo Colegio de los Jesuitas en San Ildefonso y tomado las órdenes sagradas en 1819. Alamán, hijo de una familia más próspera, había estudiado en el Real Colegio de Minas de México y hecho profusos viajes científicos y técnicos por Europa. Mora, hombre de libros, mostró un talento extraordinario en cuestiones teológicas, pero ciertos atropellos tempranos que sufrió en la academia y la burocracia eclesiásticas lo predispusieron a tomar distancia de ellas y, con el tiempo, a extender su crítica a las tradiciones políticas, económicas e intelectuales que el clero representaba. Alamán era ante todo un hombre de acción, un empresario minero con nociones precisas sobre la riqueza real y potencial del país, pero era también un hombre de convicciones religiosas con nociones firmes sobre la riqueza espiritual de México. Ambas facetas lo indujeron muy pronto a resentir que

el nuevo país se apartara cada vez más de sus tradiciones. Mora pensaba en el futuro como en un proceso de liberación. Alamán como en uno de preservación. Ambos nacieron para la vida pública en el momento en que México nacía: 1821.

Alamán fungía entonces como uno de los representantes novohispanos que abogaron por la independencia ante las Cortes españolas. De vuelta a México, en 1823, vivió un episodio que lo marcó. El mismo día de septiembre en que se exhumaban los restos de los caudillos de la Independencia para depositarlos en una bóveda de la Catedral, se incitó al pueblo a “violiar el sepulcro de Cortés en el Hospital de Jesús y quemar sus huesos, echando sus cenizas al viento”. Alamán mandó entonces “deshacer en el espacio de una noche el sepulcro”, poniendo en lugar seguro los huesos del Conquistador. Con la misma eficacia salvó la estatua ecuestre de Carlos IV que iba a ser destruida como símbolo de la opresión colonial.

Desde su llegada, Alamán alternaría sus labores de empresario con una intermitente trayectoria de servicio público, orientada ante todo al fomento de la economía mexicana, a la defensa diplomática del territorio nacional y a la preservación del patrimonio cultural del país. Como empresario, además de compañías mineras, fundó la primera ferrería de México y varias fábricas en las que no siempre tuvo éxito: de hilados y tejidos, cristales planos y huecos, loza para porcelana, paños de lana. Era, además, un activísimo hacendado. Como ministro de diversas y fugaces administraciones, sobre todo la primera del presidente Anastasio Bustamante (1830-1832), procuró rehabilitar el crédito exterior del país, concluyó el tratado de límites con los Estados Unidos, promovió la colonización mexicana en Texas para contrarrestar la creciente influencia de los norteamericanos, previó con toda claridad que Estados Unidos “arrebataría aquel terreno”, organizó efímeramente la hacienda pública y fundó el Banco de Avío.

Como defensor del patrimonio cultural, propuso formar una “carta geográfica general de la República”, creó el Museo de Historia Natural y el Archivo General de la Nación. Desde 1826 fungió, significativamente, como apoderado en México del duque de Terranova y Monteleone, descendiente y heredero de Hernán Cortés, que vivía en Italia. Alamán administraba sus bienes y sus haciendas, y echó a andar de nueva cuenta el Hospital de Jesús, primera institución de beneficencia del país y propiedad histórica del Conquistador. El tiempo y los azares de la política lo volverían ideólogo, periodista y, a la postre, en la última década de su vida, historiador; justo las mismas vocaciones que, en ese orden, abrazaría Mora.

A los pocos días de proclamada la Independencia, Mora

fungía como redactor de un *Semanario político literario*. Su primer artículo comenzaba con la palabra clave:

Libre ya la América del pesado yugo que la oprimió por trescientos años, debe empeñarse en recompensar el mérito de los ilustres caudillos que la han conducido a la libertad y proporcionarse un gobierno sabio y justo.

En subsiguientes periódicos y revistas, en artículos y ensayos, en propuestas legislativas, discursos y vastas obras de historiografía, en México o en el exilio de París y Londres, donde vivió desde 1834 hasta su muerte en 1850, Mora se dedicaría, primero, a proponer para México los elementos de "un gobierno sabio y justo" que ante todo respetara la libertad y la seguridad de los individuos y, más tarde, a tratar de entender, a través de su obra histórica (la más importante, *México y sus revoluciones*, se publicó incompleta en París, 1836), las causas de la desdicha política mexicana. Por su parte, Alamán permanecería el resto de su vida en México, muchas veces perseguido o en un exilio interno. Su propósito intelectual, hasta el día de su muerte en 1853, sería, punto por punto, idéntico al de Mora.

LECCIONES DE FRANCIA

Una frase de Montesquieu guiaba los ensayos que el teólogo liberal escribió entre 1822 y 1830: "Las lecciones del pasado entre hombres que han sufrido males precaven los desórdenes del porvenir". Según Mora, el pasado aleccionador por excelencia para un país como México, que acababa de vivir una gran revolución, era, naturalmente, la Revolución Francesa: "bajo un aspecto ha sido un manantial de errores y desgracias y bajo otro una antorcha luminosa y un principio de felicidad para todos los pueblos". Como observador de la vida nacional (*El Observador* se llamó, en efecto, una de sus revistas) le interesaba menos cantar las glorias libertarias de Francia que aprender de sus errores. Había un "curso natural" en todas las revoluciones, y la de Francia era el ejemplo perfecto. Un movimiento general del espíritu, un giro en las opiniones, una incomodidad generalizada, un cansancio difuso con el orden actual había sido su punto de partida. Más tarde, las "teorías abstractas" de los filósofos especulativos del siglo XVIII —Rousseau, Diderot— habían plantado la semilla de un *idealismo* que prometía la "renovación completa de la sociedad". A la impaciencia por cumplir de inmediato aquella promesa, había seguido "el incendio general" y con él la aparición del "hombre en su natural ferocidad". Antes de que viniesen "los saludables desengaños", el pueblo francés había tenido que pasar por "toda la serie de calamidades" que trae consigo el idealismo:

La idea de una renovación completa los lisonjea lejos de arredrarlos; el proyecto les parece fácil y feliz y seguro el resultado... en poco tiempo la destrucción es total y nada escapa al ardor de demoler. A nadie se ocurre que el trastornar las leyes y hábitos de un pueblo, el descomponer todos sus muelles... es quitarle todos los medios de resistencia contra la opresión... Cuando los hombres piden a gritos descomponer la libertad sin asociar ninguna idea fija a esta palabra, no hacen otra cosa que preparar el camino al despotismo.

Siguiendo las ideas de Benjamin Constant, Mora postulaba una necesaria continuidad entre la etapa violenta de la Revolución Francesa y su desenlace dictatorial. En el altar de una libertad abstracta, Marat, Robespierre y los demás "famosos antropófagos" habían sacrificado las libertades concretas del pueblo francés y preparado el ascenso de Napoleón. En ese desenlace estaba la mayor lección práctica que México debía extraer de aquel libro abierto de historia. "¡Pueblos y estados que componéis la Federación mexicana, escarmentad en la Francia!":

Nada más importante para una nación que ha adoptado el sistema republicano inmediatamente después de haber salido de un régimen despótico y conquistado su libertad por la fuerza de las armas, que disminuir los motivos reales o aparentes que puedan acumular una gran masa de autoridad y poder en manos de un solo hombre... el amor al poder, innato en el hombre y siempre progresivo en el gobierno, es mucho más temible en las repúblicas que en las monarquías.

El peligro histórico para México estaba en la aparición —luego de la fugaz experiencia de Iturbide— de un Bonaparte mexicano que tras de un fantasma de representación nacional y bajo apariencias y formas liberales, avanzando gradualmente, fingiendo conspiraciones, exaltara el ánimo público con promesas y adulaciones hasta volverlo su esclavo y anular las libertades cívicas. "El peligro no está —sostenía Mora, dentro del más puro espíritu liberal— en el depositario del poder, sino en el poder mismo". Los pueblos de Hispanoamérica —argumentaba en 1827, refiriéndose también a Bolívar— "no han peleado precisamente por la independencia sino por la libertad, no para variar de señor sino por sacudir la servidumbre, y muy poco habrían adelantado con deshacerse de un extraño si habían de caer bajo el poder de un señor doméstico".

Para prevenir, a juicio de Mora, el advenimiento de un Bonaparte mexicano —en 1827, Santa Anna era apenas un esbozo de lo que sería después— no había mejor camino que seguir al pie de la letra los preceptos del liberalismo constitucional. México debería llegar a ser, en la práctica, lo que ya era en la Constitución: una república, representativa, federal. Por desgracia, pensaba Mora al finalizar la primera década de vida independiente, las semejanzas entre la República Mexicana y su modelo norteamericano eran sólo formales. Se había prevenido hasta entonces la tiranía del Ejecutivo, pero se consentía la tiranía del Legislativo ("número pequeño de facciosos charlatanes y atrevidos que a fuerza de gritos sediciosos y amenazas arrancan de la representación nacional todo lo que conviene a sus miras"). Tanto en el ámbito federal como en los estados, el Poder Ejecutivo y las funciones de la justicia se veían continuamente atropelladas y adulteradas por congresos elegidos de manera espuria. En las elecciones, se practicaban "fraudes no disimulados". La frecuencia con que se emitían fallos judiciales contra escritos "subversivos y sediciosos" nulificaba de hecho la libertad clave, la libertad de opinar. Más en la tradición hispánica que en la anglosajona, Mora daba una gran importancia a la libertad de los municipios: "serán el primer motor de la prosperidad pública". Pero este ideal, lo mismo que todo el régimen representativo en México, seguía siendo "inestable e insubstancial". La razón:

Tener el aparato y las formas exteriores de un Gobierno libre y constitucional sin la realidad de sus principios y garantías es lo que nos ha perdido. Todavía no hemos hecho ensayo alguno, ni de federación, ni del sistema representativo... ¿cómo podemos asegurar que no nos conviene?

Lucas Alamán pasaría a la historia del pensamiento mexicano como el rival de Mora, el prototipo del conservadurismo. Lo cierto es que antes de 1833 —cuando, inspirado por Mora, el gobierno liberal del vicepresidente Valentín Gómez Farfás atacó por primera vez los privilegios corporativos del clero y la milicia— los juicios históricos de ambos mostraban sorprendentes coincidencias. También para Alamán Francia era un libro abierto de experiencia histórica, no sólo un compendio de errores sino, literalmente, de "horrores". La fuente ideológica de Mora era Benjamín Constant, la fuente ideológica de Alamán era la fuente de Constant: Edmund Burke, "el hombre que ha sabido penetrar mejor la tendencia y efectos de nuestra época". Guiado por sus *Reflections on the Revolution in France* (1790), Alamán transfirió el peculiar liberalismo conservador de Burke a las remotas tierras de México.

Como Burke, Constant y Mora, Alamán detestaba los "extravíos metafísicos" de los filósofos del siglo XVIII. A semejanza de Mora, Alamán reprochaba la "monstruosa acumulación de poder" que la Constitución de 1824 había otorgado a los cuerpos legislativos pasando "de la tiranía de uno a la tiranía infinitamente más insostenible de muchos". Igual que Mora, Alamán lamentaba la farsa en que se habían convertido las elecciones, con sus listas adulteradas y sus mayorías faciosas. Desconfiaba igualmente del sufragio universal en un pueblo casi enteramente pobre y analfabeto. Su recomendación, similar a la de Mora, era la misma que anotaba Burke en sus *Reflections*: restricción del voto a los propietarios ilustrados. Como Mora, en fin, lamentaba la distancia entre la letra y la práctica del sistema republicano y federal que México había adoptado.

Pero, a diferencia de Mora, Alamán consideraba que la causa de los males residía justamente en la legislación adoptada, por ser contraria a los usos y costumbres de la nación. La solución estaba en "acomodar las instituciones políticas al estado de cosas y no pretender que las cosas se amolden a las instituciones". En el fondo del pensamiento de Alamán estaba la premisa fundamental de Burke contra la Revolución Francesa:

En el orden civil, más que en el natural, todo es graduado, porque el orden civil no es más que el orden natural modificado, por causas todavía de más lento efecto como son la religión, la moral y la ilustración: nunca vemos a la naturaleza obrar por movimientos repentinos; lo único que en ella es momentáneo son los terremotos y esos no son medios de creación sino de ruina.

En opinión de Alamán, México había forzado su naturaleza histórica. A diferencia de los Estados Unidos, que habían optado por continuar los usos y costumbres habituales de Nueva Inglaterra, México "había destruido todo cuanto existía anteriormente". La solución de Alamán, inversa a la de Mora, era desear por impracticable el sistema federal y republicano, y comenzar por fortalecer al Poder Ejecutivo:

Si alguna vez los mejicanos fatigados de los males de la anarquía que han de ir cada día en aumento pensaren seriamente en remediarlos, el primer paso que deben dar es vigorizar al gobierno, hacer que haya energía y fuerza allí donde no hay más que languidez y debilidad.

Ni Mora era un anarquista *avant la lettre* ni Alamán era partidario de una dictadura, ni siquiera de una monarquía. Ambos creían en "los adelantos de los tiempos", la libertad y el orden, pero con diverso acento. Históricamente, este acento sería decisivo: los puso frente a frente en vida y fue el germen de la encarnizada discordia civil que años después, ya muertos Mora y Alamán, protagonizarían sus discípulos ideológicos: los liberales y los conservadores.

VISIONES DE MÉXICO

Si la lectura de la historia de Francia los vinculaba claramente, la comprensión de la historia de México no los separaba demasiado. Sobre la historia colonial tenían divergencias, pero menos marcadas de lo que la imagen pública pretendía. En el concepto de Alamán, México no había nacido en 1810 sino en 1521. Del pasado anterior a 1810 no había que huir: había que serle fiel, atesorarlo y, en cierto sentido, recobrarlo. "México —escribió Alamán— es un país en que todo cuanto existe trae su origen en aquella prodigiosa conquista... la conquista es el medio con que se estableció la civilización y la religión en este país y don Hernando Cortés fue el hombre extraordinario que la Providencia destinó para cumplir estos objetos". El propósito declarado que Alamán buscó al escribir sus *Disertaciones sobre la historia de la República Mexicana desde la conquista a la independencia* (1844) fue "variar completamente el concepto que se tenía a fuerza de declaraciones revolucionarias sobre la conquista, dominación española y el modo en que se hizo la independencia". Más tarde, habría de ampliar su plan original y consideraría necesario estudiar no sólo a Nueva España sino a la propia España porque de ella procede:

la lengua que hablamos, la religión que profesamos, todo el orden de administración civil y religioso que por tantos años duró y aún en gran parte se conserva; nuestra legislación y todos nuestros usos y costumbres, razón para dar a conocer el principio que todo esto tuvo, para apreciar nuestro origen, y examinar el nacimiento, progresos, grandeza y decadencia de la nación de que hemos hecho parte, para poder entender nuestra propia historia, y para aprovechar las lecciones que nos presentan tan grandes sucesos, tantos errores, y al mismo tiempo tantos ejemplos de sabiduría y tan profundos conocimientos en el arte de gobernar, a que se debió el alto grado de riqueza y prosperidad a que este país llegó.

Mora, por supuesto, carecía por completo de esa vena nostálgica de Alamán y no creía que el pasado colonial encerrase un cúmulo tal de tesoros y lecciones. Lo consideraba, al menos en el período de los Habsburgo, francamente "teocrático". No obstante, la vindicación que hace de la raíz hispánica en *México y sus revoluciones*, no es muy distinta de la de Alamán, y menos aún su opinión sobre Hernán Cortés: "El nombre de México está íntimamente enlazado con la

memoria de Hernán Cortés... mientras él exista no podrá perecer aquella". El reconocimiento del pasado colonial se vuelve aún más convergente en el periodo de los Borbones, al que Mora y Alamán admiraban, ante todo, en su aspecto económico.

Aplicadas al pensamiento económico y referidas a Alamán y Mora, las palabras "liberal" y "conservador" casi no tienen sentido. Pragmáticamente, Alamán citaba a Adam Smith, aplicaba en algunos casos teorías librecambistas y combatía las viejas restricciones coloniales sobre inversión extranjera; pero al mismo tiempo, y sin contradicción, proponía la protección y el fomento a los ramos industriales que, a su juicio, lo requerían. El suyo era un "mercantilismo liberal". En este ámbito, sus ideas eran muy similares a las que habían puesto en marcha Carlos III y sus asesores ilustrados, sobre todo dentro del territorio español. Mora, por su parte, desde una posición más doctrinaria, criticó el Banco de Avío de Alamán por convertir al gobierno en "un inspector general de manufacturas". Con todo, admiraba a tal grado el pensamiento económico de la Ilustración que, como parte integral de sus obras, publicó una cuidadosa selección de los escritos de aquel gran obispo ilustrado de Michoacán, "persona irrecusable en materia de sus profundos conocimientos y diligentes investigaciones en la estadística eclesiástica financiera": Manuel Abad y Queipo.

Quizá por haber presenciado en su natal Guanajuato la matanza atroz de españoles por las huestes de Hidalgo en 1810, Alamán había terminado por concebir la historia mexicana a partir de ese momento como una *caída*: "Fatídico parece ser el 16 de septiembre para la nación mexicana... en esa fecha levantó Hidalgo en Dolores el estandarte de la revolución que, propagada rápidamente, fue causa de la desolación del país". Y agregaba: "¡Viva la Virgen de Guadalupe y mueran los gachupines!, grito de muerte y desolación que habiéndolo oído mil veces en los primeros años de mi juventud, después de tantos años, resuena todavía en mis oídos con un eco pavoroso". Su opinión sobre los héroes de la independencia en particular Hidalgo, a quien conocía personalmente, era francamente adversa:

Hidalgo, Allende y sus compañeros se lanzaron indiscriminadamente en una revolución que eran enteramente incapaces de dirigir... no hicieron otra cosa que llenar de males incalculables a su patria... habiendo sido desgraciado el resultado de su empresa, no pudieron cubrirlos y hacerlos olvidar con el triunfo, que muchas veces hace perder de vista los medios inícuos que han servido para obtenerlo.

Mora, por su parte, sostendría un punto de vista apenas distinto. La revolución de Hidalgo había sido:

tan necesaria para la consecución de la independencia como pernicioso y destructiva para el país. Los errores que ella propagó, las personas que tomaron parte o la dirigieron, su larga duración y los medios de que echó mano para obtener el triunfo, todo ha contribuido a la destrucción de un país que en tantos años como desde entonces han pasado, no ha podido aún ponerse de las inmensas pérdidas que sufrió.

En cuanto a la personalidad de Hidalgo, coincidía con Alamán:

Ligero hasta lo sumo, se abandonó enteramente a lo que diesen las circunstancias... jamás se tomó el trabajo, y acaso no lo reputó necesario, de calcular el resultado de sus operaciones ni estableció regla ninguna que le sistemase...

Así como ambos señalaron la impremeditación de Hidalgo, ambos criticaron y documentaron hasta el detalle la crueldad de sus huestes. Mora, por ejemplo, refiere el modo en que Hidalgo consentía el saqueo y el asesinato de inocentes. Paralelamente, ambos admiraron a Morelos. La narración que consigna Alamán sobre el martirio de Morelos es casi conmovedora si se toma en cuenta el tono de olímpica objetividad que caracteriza buena parte de su *Historia de México*. Para Alamán, que apreciaba sobre todo su religiosidad, es decir, su lealtad a las tradiciones del pasado, Morelos es el enemigo equivocado pero de excepción, "el hombre más extraordinario que había producido la revolución de Nueva España". Inversamente, Mora realizaba su republicanismo, es decir, su visión del futuro, y lo vindicó sobre todo por sus "superiores prendas morales".

INTELLECTUALES FRENTE AL PODER

Las relaciones de ambos con Santa Anna denotan, en cambio, una diferencia fundamental. En su *Revista política* publicada en el exilio, Mora culpó a Santa Anna de dirigir la reacción contra las reformas del año 33 y lo llamó el "Atla de la civilización mexicana":

enmedio de la absoluta incapacidad que (incluso él mismo) le reconoce todo el mundo para regir la sociedad, se sale con cuanto intenta en aquellas empresas que exigen atrevimiento y obstinación y terquedad... desea un cierto poder absoluto, pero... para ejercerlo en pequeñeces, y rehusa cargar con las molestias que trae consigo el despacho de los negocios.

Alamán, por su parte, tenía ideas encontradas sobre Santa Anna. Lo veía como un ser contradictorio, un "conjunto de buenas y malas cualidades". Colaboró algunas veces con Santa Anna (y al final de su vida lo haría decididamente) por un acto de realismo: a partir de su poder directo, incontestado, Santa Anna encarnaba para Alamán la única posibilidad de un gobierno "enérgico y fuerte".

En febrero de 1837, después de la derrota de Texas, desmintiendo rumores sobre su muerte en los Estados Unidos, Santa Anna regresaba a México y Alamán le enviaba una carta cuyo contenido prefiguraba ya, en embrión, el conflicto violento entre sus propias ideas conservadoras y las de Mora. Santa Anna debía cuidarse de los "patriotas":

Si usted les presta oídos, la nación podrá estar expuesta a nuevos sacudimientos, si usted los desprecia y continúa su confianza a quienes ni le han de engañar ni faltarle, las cosas continuarán tranquilamente por el feliz rumbo que han empezado a tomar y podremos por fin conseguir tener patria y gloriamos de ser mexicanos. Aquí no puede ya dudarse qué es lo que caracteriza a los partidos: la federación, la libertad, no son más que pretextos que ya nadie cree: por una parte están los hombres de propiedad y respetabilidad, el ejército, y la gran mayoría de la

población; por el otro unos cuantos aspirantes, que quieren progresar a costa de la nación...

Cuando Santa Anna recibe la carta de su admirado Alamán, está decidido a seguir sus consejos. Diez años después, en plena guerra contra los Estados Unidos, no dudaría en reestablecer su alianza, no menos extraña, con el mayor compañero ideológico de Mora, Valentín Gómez Farías. Lo que en el fondo ocurría era que antes de la mitad del siglo ninguno de los "partidos históricos" estaba, en realidad, constituido como tal ni tenía fuerza política suficiente. Más aún, entre las rojas ideas de Mora y las blancas de Alamán había tal variedad de coloraciones —sobre todo en cuanto a los aspectos religiosos— que la coloración que prevalecía era decididamente rosa: la de "los moderados".

Con el tiempo, los "partidos históricos" irían tomando forma. Del lado del "progreso" (como diría Mora) o de la "demagogia" (como diría Alamán), había ya abogados y otros profesionistas de clase media que provenían de los estados; los poderosos caciques de provincia, los "Santa Anna" de cada región, sobre todo los del norte, templados en las incasantes guerras contra los indios bárbaros, propendían a defender el federalismo y por tanto iban integrando, paulatinamente, el núcleo militar del futuro partido liberal. Del lado del "retroceso" (como diría Mora) o de la "respetabilidad" (como diría Alamán), junto con la mayoría de los propietarios, estaban los militares y el clero, deseosos de conservar sus fueros y privilegios, intactos desde tiempos coloniales. Pero en los años treinta y cuarenta, estos "partidos históricos" estaban todavía en proceso de formación. Muchos oscilaban de una tendencia a otra, o participaban de ambas. Otros radicalizaban sus posiciones: el liberal a ultranza Lorenzo de Zavala (traductor de Jeremy Bentham y, como Mora y Alamán, político, periodista, ideólogo e historiador) admiraba a tal grado a los Estados Unidos, recelaba en forma tal del pasado español (de joven, en el Seminario Conciliar de Mérida, había provocado un escándalo por negar la autoridad de Santo Tomás) y abominaba a tal grado —como buen yucateco— de los lejanos úcades de la capital, que había terminado por convertirse en fundador y vicepresidente de la República de Texas, perder la nacionalidad mexicana y pasar a la historia como un traidor. Por su parte, un diplomático campechano, José María Gutiérrez Estrada, recelaba en tal forma de los Estados Unidos y admiraba a tal grado el legado español (su esposa ostentaba uno de los pocos títulos nobiliarios de México), que llegó a proponer, en 1840, como "remedio de los males que aquejan a la república", aquello que nadie se había atrevido desde el Plan de Iguala:

Que la Nación examinara si la forma monárquica, con un príncipe de estirpe real no sería más acomodada a las tradiciones, a las necesidades y a los intereses de un pueblo que desde su fundación fue gobernado monárquicamente. Si no variamos de conducta —auguraba—, quizá no pasarán veinte años en que veamos tremolar la bandera de las estrellas norteamericanas en nuestro Palacio Nacional.

Viables o no, todas esas propuestas intelectuales extremas, de federalismo o centralismo, de secesión o monarquía dependían de aquella "manifestación directa de la voluntad

popular" que Santa Anna, en palabras de Alamán, encarnaba. Y éste, como sostenía Alamán, "proclamando hoy unos principios y favoreciendo mañana los opuestos; elevando a un partido para oprimirlo y anonadarlo (y) después levantar al contrario", los tenía a todos "como en balanza", es decir, impotentes, derrotados.

¿REFORMAR O PRESERVAR?

¿Cuál era la raíz psicológica del liberalismo en Mora? La misma que en muchos "patriotas". Formado en los colegios confesionales de la Colonia, el teólogo Mora era sobre todo sensible a las variadas formas de la opresión y el dominio: por eso buscaba la libertad. Para él, la reforma más importante era cultural y política: había que *liberar* a los mexicanos del colonialismo mental que los limitaba. Mora conocía de cerca los hábitos intelectuales de la Colonia y los creía opuestos al régimen de libertades cívicas y al "gobierno sabio y justo" que buscaba para el país. Sabía que "desde los primeros años se les infunde a los jóvenes el hábito de no ceder nunca a la razón ni a la evidencia por palmarias que sean las demostraciones... en nuestros colegios se hace punto de honor el no ceder nunca de lo que una vez se ha dicho". El único camino para variar esta situación era propiciar un cambio radical en la educación y defender a toda costa la libertad primordial, la libertad de opinión. No había que temer el debate público de opiniones contrarias unas a otras: "Los que las sostienen son todos hijos de la patria... y como la nación sabe que el simple error no es delito, oye, admite y califica las opiniones más encontradas, pesándolas en la balanza de la razón". Según Mora, el proyecto deseable para México estaba en la consolidación de las costumbres liberales, a sabiendas de que su arraigo sería difícil:

El pueblo mexicano ama y desea tenazmente la libertad, pero por ciertas contradicciones e inconsecuencias que se advierten en su carácter nacional está tenazmente adherido a instituciones y prácticas esencialmente incompatibles a ella.

El empresario Alamán se quejaba de que "su experiencia en los negocios" se calificara de "rutina y adhesión a añejas ideas". No quería ni representaba "la reacción de ningún género". En 1846 declaró que era "conservador, por convencimiento y por carácter" y delineó con claridad lo que sería el cuerpo ideológico del Partido Conservador. No veía la necesidad de violentar aún más la naturaleza histórica del país. México no tenía por qué liberarse del pasado sino construir a partir de él. "Lo que a México conviene —prescribió Alamán, en definitiva—, es volver al sistema español ya que no a la dependencia de España, y no separarse de él sino lo estrictamente necesario y lentamente". Había que renunciar a las "teorías lisonjeras, extravagantes" de los "codiciosos demagogos", a las "vanas utopías", los "delirios insensatos" del régimen republicano, aceptar que "nada ha creado la república, lo ha destruido todo". La fidelidad al pasado suponía el establecimiento de un orden político que estuviese en consonancia con las viejas costumbres e instituciones mexicanas, con "el estado de nuestra civilización y nuestras luces". Se requería un ejecutivo fuerte y bien asesorado por consejeros planificadores (idealmente, un monarca europeo

que viniese sin ejército), una férrea centralización administrativa, la neutralización de los congresos legislativos con todo y su cauda partidaria ("El espíritu de partido mancha todo aquello que cae bajo su poder e influencia"), un poder judicial independiente y un ejército vigoroso. Al mismo tiempo, y sin contradicción, Alamán —no muy lejos aquí de Mora— abogaba por la libertad de los ayuntamientos, institución que hundía sus raíces en la historia española de tiempos anteriores a la Conquista. En el campo de las relaciones internacionales, la continuidad con el pasado significaba alejarse de los Estados Unidos y buscar afanosamente dos vínculos: la sombra protectora de la Europa católica y la solidaridad de la América Latina. Sólo en materia de economía la rama debía, en definitiva, apartarse del tronco. En este aspecto, Alamán combinó creativamente ideas de liberalismo económico con un franco apoyo estatal al fomento de la industria. "Un pueblo —escribió— debe tener en la mira tratar de no depender de otro para nada en lo que le es indispensable para subsistir". Con este criterio, adelantándose un siglo a los tiempos de intervencionismo estatal típicos del siglo XX, Alamán convirtió al gobierno en el primer promotor industrial del país. Pero quizá su mayor apego a la tradición novohispana residía en el ámbito de la religión:

Queremos el sostén decoroso y digno del culto católico de nuestros padres, no esa amenaza continua con que amaga sus propiedades la anarquía. Hemos nacido en el seno de su Iglesia y no queremos ver las catedrales de nuestra religión convertidas en templos de esas sectas que escandalizan al mundo con sus querellas religiosas; y en vez del estandarte nacional no queremos ver en sus torres el aborrecido pabellón de las estrellas.

La Iglesia sería, a la postre, la manzana de la discordia entre Mora y Alamán, fundadores de los "partidos históricos" de México. Frente a la tradición, Mora predicaba libertad y Alamán fidelidad. Por eso tenían que partir lanzas ante la mayor de las tradiciones mexicanas: la Iglesia.

La jerarquía católica conservaba buena parte de su antiguo edificio institucional. Administraba, desde luego, como en los tiempos de Abad y Queipo y Morelos, la vida espiritual, los hechos y fechas centrales de la relación de los hombres entre sí y de los hombres con Dios: nacimientos, matrimonios, muertes y sacramentos. La educación de los niños y jóvenes era su provincia casi exclusiva, lo mismo que la celebración pública de las alegrías y el alivio de las penas. Por un lado convocaba a los fieles a las fiestas del Santoral, por otro les prestaba protección, atención, auxilio, consuelo, en caso de cualquier desgracia: hambres, orfandad, viudez, terremotos, pestes, enfermedades, indigencia. De la Iglesia dependían monasterios, cofradías, capellanías, obras pías y muchas otras prácticas y organismos.

La Iglesia atendía sus deberes hacia el otro mundo, pero con los pies bien plantados en este mundo: poseía directamente una quinta parte de la riqueza nacional. El clero regular era el principal terrateniente, ejercía funciones bancarias, recogía impuestos en forma de diezmos y sostenía una compleja burocracia económica y política provista de tribunales propios. Para los liberales, la Iglesia constituía un Estado dentro de otro. El de la Iglesia era centenario, patriarcal, marcada-

mente improductivo, arraigado en el pueblo, sólidamente estructurado a partir de una legitimidad sagrada; el segundo, el estado laico, estaba en plena formación: era frágil, minoritario, disperso en las delgadas clases medias del país y se construía con dificultad a partir de una legitimidad secular. Era casi fatal que esas dos entidades combatieran entre sí.

En su inmensa mayoría, los liberales mexicanos del siglo XIX eran católicos fervientes. Como Mora, muchos de ellos habían estudiado en seminarios o colegios católicos. Su imaginación estaba impregnada de la simbología católica, pero sus convicciones morales los apartaban de la Iglesia. "La Iglesia, considerada como cuerpo místico —escribió Mora—, no tiene derecho a poseer ni pedir bienes temporales". Su actitud no estaba fundamentada en Benjamin Constant y mucho menos en los enciclopedistas franceses, a quienes detestaba, sino en los Evangelios y la Patrística. Al discurrir para el gobierno de Gómez Farías en 1833 el primer proyecto post-independiente de reforma al lugar histórico del clero en la sociedad mexicana, Mora señaló al mismo tiempo la necesidad de apoyar vocaciones sacerdotales y aumentar el número de parroquias. En el espíritu de aquel fugaz liberalismo católico mexicano se advertía un eco remoto del humanismo de Erasmo de Rotterdam, una nota de tolerancia y depuración de objetivos espirituales. Pero la Iglesia y los conservadores fueron insensibles a esa apertura, y los Erasmos mexicanos se volvieron Luteros.

Desde los años treinta, Mora había desesperado del liberalismo constitucional de México, no por impracticable, como quería Alamán, sino por los dos inmensos obstáculos que se oponían a su desarrollo: el clero y la milicia. El frágil gobierno del vicepresidente Gómez Farías se había propuesto abolir los privilegios de ambas corporaciones: restar fueros y recursos al voraz ejército, que consumía buena parte de los presupuestos sin siquiera defender con eficacia al país, y limitar a la Iglesia a su esfera natural: la administración de las almas entre sí y con Dios. Este programa se sustentaba en gran medida en las ideas de Mora. Como demostró en su obra magistral Charles Hale, el idealismo constitucional de la década anterior había convencido a Mora de que la vía mexicana al progreso no estaba en garantizar la libertad individual a través de las leyes sino en reformar a la sociedad desde su base para que la libertad individual tuviese algún significado. Para su desgracia, el programa apenas se aplicó. Tras su derrota, Mora había salido hacia un exilio que sería definitivo. Significativamente, al dejar México abandonaba también su incipiente vocación de hombre de negocios: representaba a una casa inglesa editora de... biblias. Hacia 1836, las malas lenguas entre la gente de la Iglesia esparcían una noticia que nunca sería confirmada: en París, Mora se había convertido al protestantismo.

El conflicto a propósito de la Iglesia no era, por supuesto, particularmente mexicano sino característico de la historia moderna en la Europa católica. España y, de hecho, Nueva España lo habían vivido desde tiempos de los monarcas Borbones. La defensa de la Iglesia había sido un motivo central en la Revolución de Independencia. Durante las primeras décadas del periodo independiente, la cuestión religiosa estuvo, cada vez más, a la orden del día. Aunque "la religión es una fibra muy delicada para un pueblo teocrático como es el mexicano" —como apuntaba el historiador y cronista, compañero de Morelos, Carlos María de Bustamante— la

crítica al papel terrenal de la Iglesia se hizo cada vez más frecuente. Con todo, nadie imaginaba los odios casi teológicos que la cuestión religiosa provocaría en México entre los hijos ideológicos de Mora y Alamán, liberales y conservadores, ni la violencia de la guerra (ceteramente llamada "de Reforma") que finalmente se suscitó entre ellos en 1858. Sólo serían comparables con los momentos de mayor tensión entre los jacobinos y la Iglesia durante el periodo cuyas desdichas tanto Alamán como Mora habían tratado de prevenir: la Revolución Francesa.

AL GRITO DE LA GUERRA

La guerra de los Estados Unidos contra México fue el desastre final de la gestión histórica de los criollos. Alamán y Mora, criollos prototípicos, la vivieron con dolor, coraje y vergüenza. Alamán, condenado en su exilio interno a la impotencia e inacción por la nueva alianza entre Gómez Farías y Santa Anna, se conformaría con escribir dos géneros de textos: proféticos e históricos. Ejemplo de lo primero fue un escrito casi apocalíptico de febrero de 1846, que los acontecimientos ulteriores parecerían confirmar: "Creemos que con lo presente caminamos no sólo a la ruina, a la desmoralización, a la anarquía, sino a la disolución completa de la nación, a la pérdida de nuestro territorio, de nuestro nombre, de nuestra independencia". Alamán se había opuesto a la guerra y pensaba que hubiese sido preferible aceptar la anexión de Texas por los Estados Unidos que erigir aquella pérdida irremediable en un *casus belli*. Una vez iniciadas las hostilidades, volteaba a Europa con mayor fervor que nunca en busca de una tabla de salvación: "perdidos somos sin remedio, escribía Alamán a Gutiérrez Estrada, si la Europa no viene pronto en nuestro auxilio". Pero Europa no movería un dedo para cambiar el curso de "la guerra más injusta de que la historia puede presentar ejemplo, movida por la ambición, no de un monarca absoluto, sino de una República que pretende estar al frente de la civilización del siglo XIX". Por su parte, a lo largo de la guerra, el doctor Mora ocuparía a destiempo y en las condiciones más adversas el ministerio de México en Londres.

Desde el remoto amanecer nacional de los años veinte, Alamán vagamente la había previsto. Veinticinco años más tarde, la guerra ocupaba toda la realidad: el sueño imperial mexicano concluía para siempre con el avance de otro imperio, no teatral ni onírico como el de Iturbide, sino real. A fines de mayo de 1847, luego de las batallas de la Angostura y Cerro Gordo, no sin admirar la "increíble celeridad" con que Santa Anna levantaba ejércitos, los animaba y trasladaba cientos de kilómetros, Alamán escribía a Monteleone: "es imposible que una nación pueda permanecer así algún tiempo sin ser aniquilada". Un mes más tarde, veía cercano el fin y sugería sus causas:

Temerario parece que Scott marche con tan corta fuerza (12 000 hombres) contra una ciudad de 180 000 habitantes (México) y con una guarnición tan considerable, mucho mayor que la del ejército que la ha de atacar y sin dejar comunicación establecida con la costa pero no obstante eso, me parece infalible que tome la ciudad, porque toda esa tropa en lo general son reclutas, mandados por generales cuya velocidad en la fuga está muy

acreditada, y la masa de la población no se mueve para nada, pues está viendo todo esto como si se tratase de un país extraño. Tal ha quedado de fatigada en tan diversas revueltas. Todo esto va a terminar muy pronto.

Desde la azotea de su casa, el 19 de agosto, Alamán vio a través de su catalejo la batalla de las lomas de Padierna, el modo en que el general Valencia se sostuvo, la falta de auxilio del general Santa Anna. Seguirían las batallas de Churubusco, Molino del Rey, Chapultepec. Justamente en Chapultepec, presenciaba la desgarradora escena Guillermo Prieto: al mando del ejército mexicano, "entero y valiente" afrontando los fuegos a pecho descubierto, Santa Anna:

Parece que lo veo —escribió Prieto— con su sombrero de jipijapa y su fucete en mano, su paletó color de haba y su pantalón de lienzo blanquísimo. Despilfarraba su actividad, desafiaba temerario el peligro, y así como no podía llamársele traidor, no podía... considerársele un buen general, ni como hombre de estado, ni como personaje a la altura de la situación.

En sus cartas al Duque, Alamán convenía con la apreciación de Prieto: "es imposible que Santa Anna y los demás generales que tenemos lleguen a vencer". El propio Santa Anna confesaba que él y los otros generales "no llegaban a cabos". Por fin, el 16 de septiembre de 1847, la previsión de Alamán se cumplía: "el aborrecido pabellón de las estrellas" ondeaba en el Palacio Nacional.

Por un extraño azar de la guerra, el joven liberal Guillermo Prieto había encontrado refugio para él y su familia en casa de su archienemigo, Lucas Alamán. Aquel hospedaje le era "profundamente desagradable". Tenía "hondas prevenciones políticas" con respecto a su arrendador, contra quien había escrito "todo género de dicerios". En aquella casa "silenciosa y como encantada" no pasaba el tiempo: todo era virtud, regularidad, decencia y orden. Por la tarde, "el señor Alamán pasaba por el frente del cuarto de Prieto "con su sombrero de paja de grandes alas, su grueso bastón y su levita de lienzo" e invitaba al "señor don Guillermo" a pasear por el jardín. Prieto se rehusó hasta que, cautivado por "el encanto de sus narraciones de viaje, su conversación profunda en las literaturas latina y española..." fue don Guillermo quien buscaba a don Lucas. No hablaban de política. Ambos creían que tenían enfrente un fanático irredimible. Y sin embargo, Prieto lo admiraba:

Era el señor Alamán de cuerpo regular, cabeza hermosa, completamente cana, despejada frente, roma nariz, boca recogida, con dentadura blanquísima, cutis fino y rojo el color de las mejillas... se levantaba con la luz, y se lavaba y componía. Escribía en la sala... con unos cuantos libros a la mano. Su escritorio elevado le hacía escribir de pie, y su manuscrito lo asentaba en un libro como de caja, sin una mancha, ni una borrada, ni una entrerrenglonadura, ni ceniza en las hojas, porque no fumaba. Al escribir guardaba suma compostura.

El libro célebre que Alamán preparaba desde octubre de 1846 era la *Historia de México, desde los primeros movimientos que prepararon su independencia en el año de 1808 hasta la época presente*. Le llevaría cinco años y cinco tomos

escribirlo. Al finalizar la guerra, con la ciudad ocupada, confesaba a Monteleone:

en medio de las aflicciones del espíritu, que han sido las consecuencias de la invasión del territorio de la República, de la ocupación de la capital por las tropas norteamericanas, y de la disipación de tantos sueños de felicidad y engrandecimiento nacional, que el patriotismo falso había hecho concebir, y que una cruel realidad había hecho desvanecer; no han sido pocos los ratos en que me ha hecho olvidar los males presentes la lectura de los acontecimientos a que daban gran importancia nuestros mayores.

Las cosas volvían a una extraña normalidad. "La tropa que ocupa la ciudad —agrega Alamán— ...no se mete con nadie. Así vamos acostumbrándonos a estar con ellos". Los jefes y oficiales norteamericanos visitaban con frecuencia el Hospital de Jesús y pedían que se les enseñara el retrato de don Hernán Cortés, "al que ven con mucha veneración". El 3 de diciembre, día en que se cumplían tres siglos cabales de su muerte, Alamán recordaba al sucesor del Conquistador:

¿Quién hubiera podido pensar en aquella época que a los tres siglos de la muerte del gran conquistador, la ciudad que él sacó de sus cimientos habría de estar ocupada por el ejército de una nación que entonces no había tenido ni el primer principio?

El drama parecía haber terminado. Santa Anna saldría una vez más al exilio. A principios del año siguiente, las tropas norteamericanas saldrían también. Por el Tratado de Guadalupe Hidalgo, firmado en febrero de 1848, México sufría, como Santa Anna, una mutilación, la de la mitad más rica de su territorio. "La guerra más injusta de que la historia puede presentar ejemplo" había concluido. Sobre el comportamiento de Santa Anna, la historia, sobre todo la oficial, diría que fue el acto de traición más grave de que la historia puede presentar ejemplo. Sus detractores de entonces y después olvidaban que Santa Anna se ofreció como voluntario para dirigir el ejército, pudiendo quedarse apoltronado en la silla presidencial. En su habitual "Manifiesto a la nación" antes de salir al exilio, Santa Anna culpó a los gobernadores, a los comerciantes, al clero por su indiferencia. Podía haber agregado varios otros grupos y estratos, sobre todo liberales, que vieron la guerra, de principio a fin, como "si se tratase de un país extraño". El propio Prieto se avergonzaría con el tiempo de su participación en el movimiento de "Los Polkos". Alamán diría que Santa Anna "no desesperó nunca de la salvación de la República". El "señor Don Guillermo", en su fuero interno, sabía que don Lucas decía la verdad.

LA GUERRA DE COLORES

A su ministerio en Londres, Mora le dio, literalmente, su último aliento. Aunque nunca había admirado de modo particular a los Estados Unidos (su liberalismo era francés), en tonos similares a los de Alamán lamentaba que la república ejemplar de la era moderna hiciera una guerra imperial a la débil república vecina. Meses antes, Mora había procurado inútilmente interesar a Francia en el conflicto. El futuro más probable para México, argüían las autoridades francesas, era

"ser agregado a los Estados Unidos". En Inglaterra, Mora se entrevistó con el ministro Palmerston y le envió varias comunicaciones. De acuerdo con "el carácter propio de la raza española" —argumentaba en una de ellas—, México se rehusaba a firmar la paz propuesta por los Estados Unidos porque no estaba dispuesto a ceder por la violencia. No le faltaron tampoco argumentos diplomáticos: Inglaterra y otros países neutrales perderían el acceso a la riqueza metálica del país y al estratégico territorio de Texas. En el extremo, Mora trató de interesar a Inglaterra en la compra de las Californias a cambio de su interés en el conflicto. Fue inútil. Palmerston criticó la "poca cordura" de México al no reconocer a Texas y se negó a involucrar a su país en la guerra. La derrota mexicana —le dijo— no afectaría la balanza de poder europeo: "Los mexicanos deben poner manos a la obra y construir una nación sólida y perdurable". Mora, por su parte, confesó decepcionado a un compatriota: "Todo tratado de paz que se haga entre México y los Estados Unidos, de parte de esta última nación, no es sino una tregua que prepara para lo sucesivo los avances de una nueva invasión".

Según explica Moisés González Navarro en su *Anatomía del poder en México*, Mora se enfrentó con Palmerston por un motivo adicional, que a sus ojos era aún más grave: la terrible Guerra de Castas que había estallado en Yucatán mientras las tropas norteamericanas se acercaban al centro del país. A través del territorio de Belice, los ingleses vendían armamento a los indios mayas que asolaban las ciudades blancas. Palmerston no se conmovió ante la pintura que le hizo Mora, sino que aprovechó la ocasión para pontificar nuevamente: México debía ofrecer garantías a los inmigrantes, pero toda colonización era "absolutamente incompatible con los desórdenes públicos que constituían, hasta ese momento, el estado habitual de la sociedad mexicana". Era triste que el displicente ministro no sospechase siquiera la estatura intelectual, la obra escrita, la coherencia moral del hombre que tenía enfrente.

En 1848, dos años antes de su muerte, mientras veía con horror el fantasma de la revolución social que recorrería Europa, Mora vio en la Guerra de Castas un nuevo capítulo de la guerra insurgente. Con un agravante: las huestes de Hidalgo que habían arruinado a su familia, las mismas que había visto Alamán en Guanajuato, saqueaban y asesinaban pero no habían llegado a los extremos atroces que se veían en Yucatán. Era como si toda la furia acumulada por siglos de dominación blanca hubiese encontrado una oportunidad de súbita venganza: hubo desdichados vivos, teas humanas, violaciones tumultuarias, asesinatos masivos:

La guerra de colores —escribió Mora— es la peor que ha sufrido México porque debería terminar con el exterminio de una de las partes contendientes y dentro del orden natural de las cosas estaba que pereciera la menos numerosa.

El gobierno de Yucatán se hallaba más que dispuesto a regalar la soberanía de su territorio a cambio de tropas que pudiesen poner un coto al horror de la "guerra de colores". Mora recomendaba a su amigo, el ministro de Relaciones Mariano Otero, la resuelta contratación de miles de mercenarios yanquis para detener el exterminio de la raza blanca. Y algo más:

echar fuera de la península a todos los elementos de color, multiplicar en ella a los de la raza blanca... tener el más grande cuidado de que los de esta raza en la línea divisoria sean exclusivamente españoles.

A la postre, no habría necesidad de una cesión territorial. Con alguna ayuda militar norteamericana, pero sobre todo con fuerzas propias, la federación mexicana acudiría al auxilio del orgulloso territorio yucateco y en unos meses sofocaría, a sangre y fuego también, la "guerra de colores". A partir de entonces, Yucatán se integraría de modo definitivo a la federación mexicana. Tampoco tuvo que recurrirse a la expulsión masiva de todos los indios mayas que Mora, salvajemente, recomendaba. En aquellos últimos años de desesperación, Mora tocaba el fondo de su identidad criolla y, como Alamán, se encontraba con España. Por eso se agudizaba su rechazo a "los elementos de color", por eso recomendaba una suerte de reconquista social y cultural de España en la antigua Nueva España. Tampoco estas prescripciones surtieron efecto. Nunca llegó la gran oleada colonizadora de España, ni siquiera a tierras regaladas. México era el fin del mundo, el país de la eterna revolución. La última paradoja en la vida del padre del liberalismo mexicano que estudió con detalle la Revolución Francesa para prevenir su violencia y su despótico desenlace, sería morir en el aniversario de la toma de la Bastilla en París.

Desde su exilio europeo, Mora creyó ver el exterminio de la raza blanca en Yucatán. Desde su exilio interno en México, al retirarse el ejército norteamericano, Alamán presintió desgracias similares. De pronto, el torbellino mundial de aquel 1848 llegaba a México bajo la forma de una insurgencia inesperada pero, en el fondo, latente: la lucha entre los pueblos y las haciendas, por la tenencia de la tierra.

Del antiguo "Marquesado del Valle" que la Corona Española había dado en posesión a Hernán Cortés, quedaba la Hacienda de Atacomulco que Alamán administraba para Monteleone. Justamente en esa zona comenzaron a proliferar conflictos armados entre pueblos y haciendas. Era como si las comunidades indígenas y los pueblos hubiesen advertido que su centenaria querrela por la posesión de la tierra no podía resolverla un estado nacional frágil, y que su única alternativa ante el vacío de poder era tomar las armas.

Para remediar la situación de los indios yucatecos y, en general, de las comunidades indígenas, Alamán proponía, como en tantas otras cosas, una vuelta al sistema colonial. Había que restablecer la administración especial de justicia para los indios: un sistema protector que los tratara como menores de edad en una república separada, paternalmente regida por las benévolas Leyes de Indias. Había que propiciar de nueva cuenta, como en el siglo XVI, la labor civilizadora de los misioneros. Con respecto a la querrela entre los pueblos mestizos y las haciendas, Alamán fue mucho más reservado porque afectaba sus intereses como hacendado y representante de Monteleone, pero también por otra razón, una desesperanza más profunda:

la guerra interior tomará el carácter de guerra de castas entre las varias que forman esta población, y siendo de ellas la menos

numerosa la blanca, habrá de perecer y con ella todas las propiedades que le pertenecen.

Sorprendentemente, era la misma imagen de Mora, formulada con las mismas palabras, aunque el fenómeno al que aludía no fuera la Guerra de Castas en Yucatán sino la de los pueblos contra las haciendas en el centro de México. Aunque notable, la coincidencia no es casual. La "guerra de colores"—en Yucatán o en el centro de México— tocaba la misma cuerda dolorosa y sensible en los dos criollos: los remitía a la Revolución de Hidalgo que había puesto frente a frente a los indios y a los criollos. Su reaparición en 1848, tras tantos años de esfuerzo inútil por construir una nación estable, significaba para los criollos de todas las filiaciones políticas—representados por Mora y Alamán— un predicamento de vida o muerte, un trance de ellos o nosotros. Sintiendo el rechazo violento de los indios, era natural que aquellos criollos nacidos y criados en tiempos coloniales, se replegaran a su potestad más íntima: la española. La dureza de su juicio sobre los indios no reflejaba tanto la realidad como la propia desesperación histórica. El país se les iba de las manos. Vagamente sospechaban que nunca volvería a pertenecerles.

"¡Mueran los gachupines!". Aquel "pavoroso grito de muerte y desolación" que Alamán había escuchado mil veces en los primeros días de su juventud, seguía resonando en sus oídos cuarenta años más tarde. Era como volver al comienzo o como nunca haber comenzado. Era como perderlo todo. Parecía el Apocalipsis de México: era sólo el apocalipsis de los criollos.

HISTORIA Y PROFECÍA

Las enfermedades que el tronco español había contraído en cuando menos dos siglos de decadencia, las mismas que habían precipitado la desintegración de sus colonias americanas a partir de 1810, se reproducían en su rama mexicana, pero esta vez en el breve espacio de 25 años: la misma ineficacia militar y diplomática; la misma incapacidad para generar fuentes nuevas de ingreso o manejar con provecho los datos elementales de la vida económica; la misma influencia excesiva, costosa, improductiva de instituciones tradicionales como la milicia y el clero; la misma mentalidad autodeprecativa, insegura, fatalista en sus élites gobernantes y pensantes. Acabado de nacer, México estrenaba decadencia.

Lucas Alamán, sin embargo, no trazaba un arco entre la suerte del tronco y la rama. Seguía creyendo, con mayor certeza que nunca, que el problema de la rama había sido separarse violentamente del tronco, negar su filiación, sus raíces. En el último tomo de su magna *Historia de México* incluyó un ingenioso mapa que llamó "Estado comparativo". El lector tenía frente a sí un balance visual y numérico de la desdichada existencia independiente de México y un veredicto contra los gobiernos republicanos. Con una línea azul aparecía el límite territorial en 1821; con una línea roja, la situación en 1852. Ahí estaba, inobjetable, la pérdida total de los territorios de Nuevo México y la Alta California y la mutilación de Tamaulipas, Chihuahua y Coahuila y Texas. Junto al mapa, Alamán incluyó varios cuadros con los indicadores que consideró significativos para ponderar, en el tiempo, la evolución política y económica del país. Practicaba tres cortes:

1821, 1832 (el fin de su propia administración, con Bustamante) y el momento en que escribía, 1852. La comparación era, en verdad, abrumadora: muchas de las tendencias negativas de la década de los veinte se habían estabilizado en 1832, pero a partir de entonces el deterioro era notable: ascenso vertical de la deuda (34 a 52 millones de pesos), descenso de las rentas (14 a 10, con todo y el primer aporte de 6 millones correspondiente a la indemnización norteamericana cuyo total sería de 15 millones), debilidad del ejército, pérdida de territorio, aumento altísimo en la frecuencia y la profundidad de las incursiones de los indios bárbaros, virtualmente contenidos en puntos muy altos de la frontera hacia 1832. La conclusión de aquel empresario historiador era clara:

Al ver en tan pocos años esta pérdida inmensa de territorio; esta ruina de la hacienda, dejando tras de sí una deuda gravosísima; este aniquilamiento de un ejército florido y valiente, sin que hayan quedado medios de defensa; y sobre todo, esta completa extinción del espíritu público, que ha hecho desaparecer toda idea de carácter nacional: no hallando en México mexicanos, y contemplando a una nación que ha llegado de la infancia a la decrepitud, sin haber disfrutado más que una vislumbre de la lozanía de la edad juvenil ni dado otras señales de vida que violentas convulsiones, parece que habría razón para reconocer con el gran Bolívar, que la independencia se ha comprado a costa de todos los bienes que la América española disfrutaba, y para dar a la Historia de aquella el mismo título que el venerable obispo Casas dió a su Historia general de Indias: "*Historia de la destrucción de las Indias*", pues lo que ha pasado en México, se ha repetido con muy ligeras y temporales excepciones en todo lo que fueron posesiones españolas, sintiéndose en México los efectos del desorden de una manera más dolorosa, por tener un vecino poderoso que ha contribuido a causarlos y ha sabido aprovecharse de ellos.

Sin embargo, Alamán pensaba que el desastre mexicano no era completo ni fatal y podía ser revertido. Para demostrarlo, presentó sus tesis con el siguiente método: inventario de recursos, diagnóstico del mal, remedios de salvación, riesgos de no adoptarlos.

Los recursos que describió Alamán no eran naturales sino humanos. Aquellos los daba por sentados. Si las ideas de extraordinaria riqueza mexicana habían sido exageradas, no lo eran menos las contrarias, que a mitad del siglo se hacían valer:

En la república Mexicana se ha pasado de unas ideas excesivas de riqueza y poder, a un abatimiento igualmente infundado, y porque antes se esperó demasiado, parece que ahora nada queda que esperar.

La verdadera riqueza mexicana estaba en sus venerables instituciones, en la actividad privada de sus ciudadanos y en su pueblo "que nada pide": dócil, bien inclinado, tranquilo, leal a sus profundos sentimientos religiosos, que son el único lazo de unión que queda cuando todos los demás han sido rotos. La columna vertebral de la sociedad, "lo único que ha permanecido inmutable" en medio de los trastornos, era la Iglesia.

A juicio de Alamán, sobran los indicios de grandeza en México, sobre todo en los ámbitos ajenos al gobierno: el decoro de sus institutos de cultura y arte, la elegancia de su

arquitectura civil, la bonanza de las minas, la abundancia de cosechas, los ingresos crecientes de algunas aduanas y hasta el número de coches particulares (que en proporción a la población era mayor que el de cualquier ciudad de Europa y los Estados Unidos).

"¿Por qué —se preguntaba, en definitiva, Alamán— la existencia de la nación es tan incierta?" Dados los antecedentes, su respuesta tenía "todo el rigor de una demostración matemática":

las instituciones políticas de esta nación no son las que requiere para su prosperidad: es, pues, indispensable reformarlas.

México no podía correr el riesgo de persistir en los esquemas republicanos, federalistas, democráticos y liberales que lo habían conducido a la bancarrota, el descrédito, la debilidad y el desmembramiento. Tenía un vecino demasiado poderoso. En el caso, nada remoto, de que los estados esclavistas del Sur se separaran de la Unión Americana —argumentaba, con exactitud profética para ese momento, Alamán— la nueva nación se anexaría nuevas tierras, traería a sus esclavos y "sujetaría a servidumbre más o menos rigurosa a los indios y castas del país que ocupen". En ese caso, nada imaginario, no sólo México perdería: también España (a Cuba y Puerto Rico) e Inglaterra (a Jamaica y las Antillas). El impulso expansionista podía llegar hasta Panamá y así dominar el comercio en el Pacífico.

Las reformas que proponía Alamán en 1852 no eran, en esencia, distintas de las de su programa de 1846. Entre ellas destacaban: el fortalecimiento del Ejecutivo, una nueva división territorial de acuerdo con criterios de lógica económica, la centralización del sistema hacendario, la reducción de los miembros y las funciones del Congreso ("No necesitamos Congresos, sólo algunos consejeros planificadores"), el restablecimiento de una antigua fórmula jurídica española: el juicio de residencia, que arraigaba y sometía a escrutinio el comportamiento de los funcionarios públicos luego de terminar su gestión. El gobierno debería, en suma, volver al viejo y probado cauce de la "acción paternal":

Esto hará nacer el espíritu público, ahora enteramente apagado, y reestablecerá el carácter nacional que ha desaparecido. Los mejicanos volverán a tener un nombre que conservar, una patria que defender y un gobierno a quién respetar, no por el temor servil al castigo, sino por los beneficios que dispense, el decoro que adquiera y la consideración que merezca. Para obtener estos títulos, no es preciso que el poder recaiga en hombres de gran capacidad: decoro y probidad es todo lo que se necesita.

Había que derogar, por supuesto, la Constitución federalista vigente, y designar a una pequeña comisión de 3 o 5 individuos que formasen el nuevo código de gobierno. Porque en México "todo esta por hacer, por haberse destruido todo lo que existía", no había tiempo para deliberaciones. Nada más urgente que el establecimiento del gobierno firme y paternal, y nada más remoto a su sentido "que la idea de dictadura... absolutamente excluida de los medios en que puede pensarse para la reforma de la Constitución". Era mucho lo que se había perdido, pero fuera de las pérdidas territoriales

"todo lo demás admite remedio". Con la reforma de las instituciones, "el principio de una nueva época" podía estar cerca.

El quinto y último libro de su magna historia donde Alamán escribía estas reflexiones no terminaba en un tono festivo u optimista sino admonitorio, como si secretamente sospechara que su proyecto, en el México y en el mundo de mediados de siglo, por razones que Alamán no acertaba a colibrar, tuviese un carácter de utopía retrospectiva. En unas cuantas líneas de gran intensidad dramática, concentraba su crítica al pasado inmediato. Al hacerlo, advertía que reincidir en los errores de ese pasado sería condenar sin remedio al país. De continuar ese proceso, de torcer la verdad de los hechos, el cuadro que esperaba a la nación quedaba concluido con una "breve pincelada". Es el momento en que Alamán el historiador, el ciudadano que "dice la verdad", se vuelve Alamán, el profeta bíblico:

México parece destinado a que los pueblos que se han establecido en él en diversas y remotas épocas, desaparezcan de su superficie, dejando apenas memoria de su existencia; así como la nación que construyó los edificios del Palenque y los demás que se admiran en la península de Yucatán, quedó destruida sin que se sepa cuál fue ni cómo desapareció; así como los toltecas perecieron a manos de las tribus bárbaras venidas del Norte, no quedando de ellos más recuerdo que sus pirámides en Cholula y Teotihuacán; y así como por último, los antiguos mexicanos cayeron bajo el poder de los españoles, ganando infinito el país en este cambio de dominio, pero quedando abatidos sus antiguos dueños: así también los actuales habitantes quedarán arruinados y sin obtener siquiera la compasión que aquellos mercaderes, se podrá aplicar a la nación mexicana de nuestros días lo que un célebre poeta latino dijo de uno de los más famosos personajes de la historia romana: *stai magni nominis umbra*: "no ha quedado más que la sombra de un nombre en otro tiempo ilustre."

PATERNALISMO FUGAZ

El proyecto de Alamán de un gobierno paternal, tutelar, ordenado, desdeñoso de los congresos y las deliberaciones, atento a unos cuantos consejeros, eminentemente práctico, no era una utopía en sí mismo: era una utopía en ese momento y para los criollos. Existía sin embargo un nivel de gobierno en que había sido posible ponerlo en práctica. De hecho, en 1849, tres años antes de concluir su último volumen, Alamán había presidido ya, con gran éxito, sobre un gobierno paternal y ordenado: el del ayuntamiento de la ciudad de México, institución de vieja raigambre española que Hernán Cortés había establecido tras la conquista. Al ocupar su sitio en el Ayuntamiento, Alamán pudo sentir que encarnaba aquellos tiempos:

Fueron los cuerpos municipales en su origen el principio y la base de la libertad civil: los fueros y cartas de privilegios de las ciudades y villas eran una parte esencial de las instituciones nacionales, y la observancia de esos fueros fue por mucho tiempo la seguridad que tuvieron las personas y las propiedades. Las facultades de estos cuerpos eran grandes y grande también fue el beneficio que con ellas se hicieron.

Grande sería también el beneficio que en unos cinco meses

de gestión lograría Alamán para la ciudad. Niveló sus finanzas, organizó su sistema fiscal, introdujo para la higiene citadina una máquina limpiadora de atarjeas conocida como "la rosca de Arquímedes"; planeó la introducción de tubería subterránea para acabar con el sistema de acueductos y prevenir epidemias, organizó una empresa para sustituir el viejo alumbrado público por las nuevas lámparas de trementina, reorganizó juzgados, reparó las infames cárceles, estableció en ellas nuevos sistemas de rehabilitación, se aplicó a la construcción de mercados y calles lo mismo que a la mejora de hospitales; con particular cuidado, reformó la instrucción pública, organizó el archivo municipal y dio brillo al teatro nacional. Pero aquel orden no podía durar. México era, todavía, un país de revoluciones. La amarga polémica que sus interpretaciones históricas desataron entonces determinó su salida del Ayuntamiento. La prensa "pura" rechazaba que "un enemigo de la Independencia" y de los insurgentes tuviese un cargo público, así fuese, como era el caso, de elección popular.

Alamán no se inmutaba ante los cargos. Él había probado su tesis "con documentos irrefragables". Le iba la vida en evitar que la revolución de 1810 pasase definitivamente a la conciencia colectiva de México como la cuna del país y "su mayor título de gloria". Su paradoja mayor fue que al presentar su versión con tal claridad, detalle y pasión, logró justamente lo que no quería, afianzar la versión que "alteraba los hechos" y erigirla, ya definitivamente, en la verdad oficial:

Los tomos publicados de esta obra han comenzado a levantar a los ojos de todos el velo que ocultaba la realidad de las cosas, y el presente contribuirá mucho a acabar de disipar el error en todos los que no quieren engañarse voluntariamente: pero al mismo tiempo, este golpe de luz ha excitado la contrariedad de opiniones, y ha dado lugar a que para sostener la creencia que estaba establecida, el congreso general decreta un gasto de cuatro mil pesos anuales de los fondos del ayuntamiento de México, para solemnizar la función del 16 de septiembre; que el gobierno haya hecho imprimir en un tomo que nadie lee, la multitud de discursos pronunciados en diversos parajes de esta capital, con motivo de aquella celebración en el año anterior: y por último, que las legislaturas de los Estados de Guanajuato y México decreten estatuas al cura Hidalgo, para colocarlas en el lugar de su nacimiento; en el que comenzó la revolución; y en el monte de las Cruces, aunque la célebre acción dada en este punto, no sea ciertamente lo que más ha contribuido a su gloria.

El Ayuntamiento de la ciudad de México no fue la última estación política en la vida de Alamán. El destino o la Providencia le tenían reservada una más, que el propio Alamán buscó con denuedo: el ministerio de Relaciones en el gabinete del imprescindible Antonio López de Santa Anna. Llamado por varias facciones políticas, renuente en un principio —como siempre— a aceptar la oferta, quejoso de la ingratitude de sus paisanos, que le achacaban la derrota contra los norteamericanos cuando, según él, había comprometido en esa lucha no sólo su vida... sino sus fondos personales, Santa Anna había resuelto finalmente —como siempre— volver a ocupar la silla presidencial. Era la undécima vez, desde 1833, que la ocupaba. "En manos de usted, señor general —le había escrito Alamán, luego de proponerle en detalle su programa de reformas—, está el hacer feliz a su patria colmándose

usted de gloria y de bendiciones". Iba a ser la postrera alianza de aquellos dos criollos: el caudillo imprescindible y el intelectual conservador.

En 1821, al comenzar su ciclo histórico, el México criollo había estallado en loas a Iturbide. En 1853, al concluir su ciclo, Santa Anna era recibido de nueva cuenta como el mesías. Entre vítores, aplausos y campanadas, Santa Anna entró en la ciudad, por el camino de la Villa de Guadalupe, el 20 de abril de 1853. "No pudo haber un corazón mexicano que no se abriera a la esperanza", comentó *El Universal*, diario capitalino. Por su parte, el general advertía: "tengo mucha experiencia y conozco que este país necesita el gobierno de uno solo, y palos a diestra y siniestra". Lo cierto es que Santa Anna, en ese momento, no tenía en mente el gobierno de uno sino el de dos: él y Alamán.

En un santiamén, el nuevo ministro puso en práctica sus bases para la administración de la República, declaró en receso las legislaturas, decretó que los estados volverían a su antigua demarcación abandonando el federalismo, "causa de la desgracia del país". Por fin la historia de México podía volver al cauce que, a juicio de Alamán, nunca debió haber abandonado. Todo parecía propicio para el renacimiento del proyecto conservador. El propio Alamán podía desmentir ahora, con su gestión, no sólo en la ciudad de México sino en el país entero, las sombrías previsiones del último volumen de su *Historia*.

Era tarde. A sus 60 años de edad estaba exhausto y enfermo. Como la de Santa Anna, su vida se había enlazado con la de México, con sus revoluciones y proyectos, con sus pesadillas y sueños, con sus riquezas y miserias. Pero su enlace con la biografía de la nación no había sido operático, como el del caudillo, sino dramático. Alamán no había sufrido mutilaciones de orden físico sino moral. De todas se había re- puesto: el amor por la nación cuya historia veneraba había guiado sus pasos en la vida pública, sus empresas, sus discursos y sus libros, pero las esperanzas frustradas de que ese mismo amor pudiese hallar recompensa en la felicidad pública, había lastimado su cuerpo hasta agotarlo. Había transcurrido un mes escaso desde su toma de posesión cuando murió, el 2 de junio de 1853.

LIBERALES Y CONSERVADORES

Según la versión consagrada, el proyecto histórico de Alamán perdió la partida frente al del Doctor Mora. La realidad fue y sigue siendo más compleja: ambos triunfaron y perdieron, y ambos siguen vivos.

Como representantes del México criollo, los dos sufrieron una derrota definitiva. El país, en efecto, nunca volvería a pertenecerles, a obedecerles. Durante poco más de treinta años entre el idealismo de las leyes y el realismo de los cuarteles, los criollos desgastaron su oportunidad histórica. México pasaría a otras manos, más cercanas a la raíz indígena: las de los jóvenes mestizos nacidos durante o después de la Independencia, sin recuerdos de la Colonia, sin ataduras vitales con España. Los primeros hijos de la Independencia mexicana.

Como críticos de la vía revolucionaria —supuesta llave maestra para el avance histórico de las sociedades— Mora y Alamán acertaron en sus juicios. Su victoria no sólo fue póstuma sino increíblemente tardía. Tenían que pasar 150 años

de romanticismo revolucionario para que la conciencia moral de Occidente volviera al origen y reconociese que la visión de los hombres que vivieron de cerca *la* y las revoluciones francesas —Burke, Constant y Tocqueville— era más exacta y justa que los fantasmas idealistas y proféticos que recorrieron Europa desde 1848, encarnaron en regímenes despóticos, y no la abandonaron sino hace algunos años, en el 200 aniversario de la toma de la Bastilla. Mora y Alamán no leyeron a esos autores por espíritu de imitación sino por similitud de experiencias, y las conclusiones que sacaron para México no fueron menos sensatas y prácticas (al margen de sus diferencias) que las de aquellos teóricos europeos. Como ellos, buscaban un punto de equilibrio entre la libertad y el orden. Como ellos, desdaban los "extravíos metafísicos" que embriagaban a las generaciones siguientes. Sus escritos, a semejanza de los de sus homólogos europeos, tienen una vigencia sorprendente: le hablan a nuestro propio tiempo postrevolucionario y postideológico.

Como fundador del Partido Liberal, Mora alcanzó *post mortem* una victoria limitada. Su numerosa progenie ideológica triunfó militarmente, se afianzó en el poder, desplazó para siempre a los "cangrejos", decretó su expulsión del cielo patrio, dio al Estado lo del Estado y a Dios lo que es de Dios, y plasmó en la Constitución de 1857 un régimen de garantías individuales y libertades que se defendió con sangre. En la medida —pequeña, pero no desdenable— en que México ha vivido en un clima de libertad política y conforme a la ley, lo debe a esos hombres de la Reforma que, en palabras de Antonio Caso, "parecían gigantes", y a sus gigantes antecesores: Gómez Farías en lo político, Mora en lo intelectual.

Como fundador del Partido Conservador Alamán sufrió, *post mortem* también, una derrota parcial. Perdedor en lo militar, político y religioso, muchas de sus ideas triunfaron de manera subrepticia. En abono de la estabilidad política, el orden interno, el progreso material y la consolidación nacional, Porfirio Díaz y los regímenes de la Revolución Mexicana las pondrían en práctica con una precisión tal, que a la distancia, más que historiador, el solitario Alamán toma proporciones de profeta. Por desgracia, esas ideas también dañaron el desarrollo histórico de México: ejecutivo monárquico y tutelar, gobierno centralizado y paternal, poca política y mucha administración, pocos congresos sólo algunos consejeros planificadores, recelo indiscriminado frente a los norteamericanos, intervencionismo estatal en la esfera económica, educativa y social. ¿No hemos vivido en estas ideas por más de un siglo? En la esfera pública, el triunfador histórico, por desgracia, ha sido Alamán y no Mora. Tenía razón Molina Enríquez cuando escribió: "El señor general Díaz inauguró la política integral... que no es sino la virreinal adaptada a las circunstancias tal cual Alamán la soñó sin haber podido realizarla". También Molina Enríquez actuaba aquí en un doble papel: sociólogo y profeta: la "política integral" de Porfirio Díaz que la revolución mató... goza de buena salud.

Aunque los liberales y los conservadores no llegarían nunca a reconocerlo, en las versiones históricas de ambos habría un fondo de verdad. La liberal, hija ideológica de Mora, tendría razón al subrayar el esfuerzo casi milagroso de construir un país independiente y soberano, un Estado relativamente moderno, un modesto mercado nacional y una sociedad laica

y libre. Esfuerzo tanto más meritorio por cuanto México lo había comenzado con un retraso de cuando menos dos siglos con respecto a los países adelantados de Occidente. Pero la versión conservadora, hija ideológica de Alamán, tendría razón también al poner el acento en las profundas raíces históricas (valores éticos, estéticos, intelectuales, religiosos) que provenían de Nueva España. Esas raíces significaban algo distinto a lo que Justo Sierra llamaba una "laboriosa y deficiente gestación": una identidad. Y aunque tampoco llegarían a reconocerlo, ambas posiciones estaban erradas en cuanto profundían a la idealización: a lo largo de todo el siglo XIX, los liberales habían idealizado la facilidad con que el país podía acceder al futuro plenamente moderno (republicano, capitalista, federal, democrático) con sólo proponérselo (sobre todo en las leyes); por su parte, los conservadores idealizaban el pasado colonial cuyas instituciones de toda índole (políticas, religiosas, económicas, educativas) denotaban una anacrónica rigidez que las hacía enteramente inapropiadas para sobrevivir en el mundo del siglo XIX.

El desencuentro de ambas posturas a partir de la Guerra de Reforma; la mutua falta de generosidad, de atención, de inteligencia con respecto a las razones del otro; los odios casi teológicos que dividieron a las familias mexicanas y a la familia mexicana, no se discutieron ni se resolvieron: se bloquearon y disimularon. * Un católico de Pedro el Ermitaño y un jacobino de la Era Tercera —no un Alamán y un Mora— combaten desde entonces en el alma mexicana con mala fe, a propósito de viejas y nuevas ideas, sin hallar el modo de dirimir con la razón sus diferencias: no para cancelarlas sino para aclararlas, airearlas, para propiciar su abierta competencia democrática. No es tanto una reconciliación o siquiera una conciliación lo que se necesita. Menos aún la muy porfiriana y priísta "negociación". México no puede seguir siendo un país confusamente liberal conservador. Debe ser claramente liberal y abierto en su vida económica y política (dando la razón a Mora), y conservar sus tradiciones y valores (dando la razón a Alamán). Para efectuar ese deslinde, necesitamos aprender lo que otras culturas democráticas han practicado desde hace siglos: el arte y la ética de convencer, estar en disposición de ser convencidos y someter el juicio final no a la instancia divina sino a la otra: falible, relativa y, por fortuna, temporal. No es imposible. A su manera —de lejos, apasionadamente y por escrito— Lucas Alamán y José María Luis Mora lo lograron.

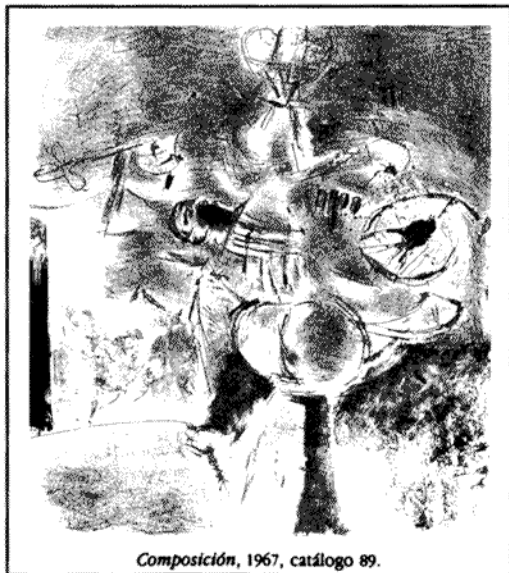
* Cf. Gabriel Zaid, "Muerte y resurrección de la cultura católica", *Vuelta* 156, noviembre de 1989.

BIBLIOGRAFÍA

Además de las de Mora y Alamán, tres obras fueron fundamentales para elaborar este texto: la de Charles Hale sobre Mora, la de José C. Valadés sobre Alamán y la de Moisés González Navarro sobre el quinquenio 1848-1853. Las tres se incluyen en el siguiente listado de obras consultadas.

Aguayo Spencer, Rafael, "Alamán estadista", en *Historia Mexicana*, octubre-diciembre, 1953, núm. 10.
Alamán, Lucas, *Semblanzas e ideario*, México, UNAM, 1978.

- Historia de México. Tomos IV y V, México, imprenta de J.M. Lara, 1852.
— Disertaciones, Tomos I y II, México, ed. Jus, 1969.
— Documentos diversos (méritos y muy raros), Tomos III y IV, México, ed. Jus, 1946-1947.
Arnaiz y Freg, Arturo, "Alamán en la historia y en la política", en *Historia Mexicana*, octubre-diciembre, 1953, núm. 10.
— "El Doctor Mora, teórico de la reforma liberal", en *Historia Mexicana*, abril-junio, 1956, núm. 20.
Díaz Díaz, Fernando, *Caudillos y Caciques*, México, El Colegio de México, 1972.
Florstedt, Robert F., "Mora contra Bustamante", en *Historia Mexicana*, julio-septiembre, 1962, núm. 45.
— "Mora y la génesis del liberalismo burgués", en *Historia Mexicana*, octubre-diciembre, 1961, núm. 42.
Gringoire, Pedro, "El 'protestantismo' del Doctor Mora", en *Historia Mexicana*, enero-marzo, 1954, núm. 11.
González Navarro, Moisés, *Anatomía del poder en México 1848-1853*, México, El Colegio de México, 1983.
Hale, Charles A., "Alamán, Antuñaño y la continuidad del liberalismo", en *Historia Mexicana*, octubre-diciembre, 1961, núm. 42.
— *Mexican liberalism in the age of Mora 1821-1853*, Yale, Yale University Press, 1968.
Mora, José María Luis, *Obras Sueltas*, México, ed. Porrúa, 1963.
— *Obras completas*, Tomos 2, 4 y 8, México, Instituto Mora/S.E.P., 1987.
— *México y sus revoluciones*, 3 tomos, México, ed. Porrúa, 1977.
Potash, Robert, "La fundación del Banco de Avío" en *Historia Mexicana*, octubre-diciembre, 1953, núm. 10.
Prieto, Guillermo, *Memorias de mis tiempos*, México ed. Patria, 1969.
Valadés, José C., México, *Santa Anna y la guerra de Texas*, México, ed. Diana, 1982.
— *Alamán: estadista e historiador*, México, UNAM, 1987.
Zavala, Lorenzo de., *Obras. El Historiador y el Representante Popular. Ensayo crítico de las revoluciones de México desde 1808 hasta 1830*, México, ed. Porrúa, 1969.



Composición, 1967, catálogo 89.